

## El eterno Freud: el método frente al mito y la malicia de los detractores de Freud

«[...] ha sido mi principal objetivo no sacrificar nada en aras de una simplicidad, una perfección y un acabamiento aparentes, ni camuflar los problemas ni negar la existencia de lagunas o incertidumbres. En ningún otro campo de la labor científica habría sido necesario ufanarse de tan modestas intenciones. Están consideradas universalmente como naturales, el público no espera otra cosa. Ningún lector de un informe de astronomía se sentirá frustrado ni desdenará esa ciencia porque le muestre las fronteras más allá de las cuales nuestro conocimiento acerca del Universo se pierde en lo nebuloso. Sólo en psicología ocurre al contrario. Aquí la incapacidad constitucional de la humanidad para la investigación científica se manifiesta abiertamente. Parece que lo que la gente pide de la psicología no es progresar en el conocimiento, sino otro tipo de satisfacciones; cada problema sin resolver, cada incertidumbre admitida se convierte en un reproche contra ella. Cualquiera que se interese por la ciencia de la vida psíquica [*Seelenleben*] tendrá que asumir también las inclemencias que tal labor conlleva».

Sigmund Freud, *Nuevas lecciones introductorias al Psicoanálisis*, 1932

### *Preámbulo: metodología frente a mitología*

Entre quienes escriben sobre psicoanálisis, tanto los *formados* como los *profanos*, ha habido una tendencia endémica a confundir método con teoría o doctrina, esto es, el actuar con el teorizar. Esta tendencia ha sido incluso más llamativa entre el grupo actual de críticos de Freud, algunos de los cuales pueden ser legítimamente clasificados como detractores de Freud porque atacan no sólo sus ideas sino a la propia persona. Últimamente se ha añadido una nueva peculiaridad: el método también se ha convertido en el punto de mira de sus ataques. Denostar a Freud probablemente vaya a ser algo permanente: es un signo de su vitalidad perenne, la de su legado y la de su leyenda. Podría compararse a la celebración recurrente de un banquete totémico durante el cual el padre Freud vuelve a ser

devorado de forma ritual; y es una forma de hacerse uno mismo un nombre.

Se sigue atacando a Freud no sólo por malicia de sus atacantes sino también por otra serie de factores: el complejo de mártir de los analistas, la avidez popular por el sensacionalismo y los periodistas que lo alimentan, pero también por cambios demográficos y culturales en la sociedad y por las presiones del mercado sobre el psicoanálisis como profesión. Asimismo debe su existencia a los equívocos metodológicos anteriormente mencionados, tanto de los admiradores de Freud como de sus detractores. Esto además se complica por el hecho de que el propio Freud contribuyó a la confusión entre método y teoría, o, como dijo él mismo, entre metodología y mitología.

Mito significa coloquialmente hablando una persona o cosa que existe sólo en la imaginación de alguien o en la imaginación

colectiva, como un sueño o una fantasía. En la mitología griega y en otras, incluida la Biblia, los mitos fueron relatos compartidos por la comunidad con apariencia de referirse a hechos históricos; eran historias inventadas para explicar la causa o la razón de alguna creencia, práctica, institución o fenómeno natural. Este ansia de causalidad, o en jerga médica, de etiología, conduce con frecuencia a la creación de un sistema de creencias o ideología, el alma de la mitología. Utilizo esta función del mito para diferenciar entre metodología y mitología, método y metáfora, realidad y ficción, acción y doctrina. Así como el método está en el terreno de la acción y la observación, la mitología pertenece al terreno de la opinión, la especulación o la contemplación. Sin embargo, como sistemas de creencias, como artículos de fe, las ideologías son adoptadas por líderes y reformadores para conseguir poder sobre la gente. De esta forma, los mitos se politizan y eso lleva a una polarización y una lucha por el prestigio, la influencia política y el control ideológico, separando a los *iniciados* de los *profanos*, y a los creyentes de los escépticos y los herejes.

Otra manera de considerar el problema es contrastar el método como forma de acción con el mito como forma de ensoñación. Aquí podemos yuxtaponer la percepción de la realidad del *actor* (realista, orientada a objetivos y resolutoria de problemas) con la del *soñador* (contemplativa, y mítico-especulativa). Mediante tal yuxtaposición se forman los mitos personales y sociales, pues estas funciones tienden a influirse mutuamente: el *actor* puede actuar como si estuviera en un sueño y el *soñador* llegar a soluciones realistas ante algunos problemas de la vida.

En cierto modo, todo teórico es un con-

templativo, un visionario, un soñador, como sugiere la etimología de la palabra griega *theoria*, teoría: ver imágenes de la mente. Planteo la ensoñación como concepto amplio, para indicar un pensamiento analógico y metafórico llamado «proceso primario» por Freud y «conciencia mitológica» por Cassirer (1). Teniendo en cuenta esta distinción, propuse examinar ciertas teorías especulativas y ciertos «constructos» metafísicos como variantes del pensamiento ensoñador (2). Por otra parte, «un método se define operacionalmente: es la vía y la manera en que la gente procede (de ahí «procedimiento», «proceso») para alcanzar un objetivo o meta, tanto si es práctico como teórico» (3). Los métodos son prácticos por definición, y la teoría del método o metodología es, por lo tanto, pragmática y empírica. Entonces, ¿se critica a Freud por lo que hizo o por lo que soñó?

### *El psicoanálisis como método y teoría*

La distinción entre método y doctrina ha sido muy elocuentemente razonada por Roland Dalbiez, un francés, filósofo aristotélico y psicoterapeuta, que en un enjundiosísimo trabajo, *El método psicoanalítico y la doctrina de Freud* (4), analizó en 1941 las ideas de Freud empírica y filosóficamente; su lectura debería ser exigida en todos los institutos psicoanalíticos. Dalbiez buscaba diferenciar una teoría del método –o metodología– para el estudio de la conducta normal y la trastornada, de las teorías específicas de la etiología de la conducta trastornada. De acuerdo con esto, el postulado del significado de los así llamados síntomas (descritos y analizados por Freud en *Estudios sobre la histeria*), de los actos sinto-

## COLABORACIONES

máticos, fallidos o inhibidos (como los expuestos en *Psicopatología de la vida cotidiana*), y el significado de los sueños (analizado en *La interpretación de los sueños*), el concepto subyacente del determinismo inconsciente de los pensamientos conscientes, las emociones y las acciones, y el papel de la represión, las defensas y la transferencia, fueron todos ellos situados por Dalbiez en la esfera del método. Por otra parte, consideró la psicología de Freud orientada hacia el sexo como un ejemplo de teoría causal especial, o sea, de doctrina. Con esto último Dalbiez no quería decir que el sexo fuese una ficción ni una fantasía de Freud, porque él sabía muy bien que el sexo es un hecho de la vida. Lo que quería decir, y con mucha razón, es que concediendo a la sexualidad un papel privilegiado en la etiología de neurosis y psicosis, Freud se acercaba más a una postura totalizadora o doctrinal que a una postura empírica, pues excluía otras teorías etiológicas. Entre las teorías etiológicas que faltan en su obra y que fueron posteriormente reconocidas por el propio Freud, están la agresión, la pérdida y el trauma. Dalbiez se vio tristemente tergiversado por su más ilustre alumno, Paul Ricoeur, quien declaró erróneamente que «el método psicoanalítico y la doctrina psicoanalítica no se pueden distinguir» (5): había aprendido poco de su profesor y se perdió en teorías especulativas. Tres años después de Dalbiez, en 1939, Karen Horney (6) presentaba argumentos parecidos en defensa del método *versus* la teoría.

Dado que el método es lo perenne de Freud frente a la transitoriedad de algunas teorías, me gustaría elaborar algo sobre el *oxímoron* empleado por Freud cuando habla del psicoanálisis como una ciencia de la mente. En vista del uso que hace Freud del término, intraducible en inglés,

*Seelenleben* (literalmente, «la vida del alma»), quisiera presentar las definiciones de lo que entiendo por las palabras «ciencia» y «mente». Un estudio científico de la mente significa: 1) que está basado en la observación; 2) que está determinado por las leyes de la mente; y 3) que estudia la mente mediante métodos adecuados a la naturaleza de la mente. La mente contiene la unidad tripartita aristotélica y la jerarquía ascendente del cuerpo vivo: el cuerpo animado (*ánima* significa sentimientos y emociones, lo cual también se expresa con el *oxímoron* «inteligencia emocional» (7), y las funciones de la mente: lenguaje, imaginación, memoria y razón. Freud, el psicólogo más grande desde Aristóteles, amplió de una vez por todas esa jerarquía añadiendo la dinámica de los procesos mentales inconscientes y de la represión, esto es, las defensas, transformando de este modo la psicología cognitiva tradicional de los procesos conscientes en una psicología profunda que creó un puente entre la vida de la imaginación, ésa que se encarna en los sueños y la poesía, incompletamente cubierta por la expresión taquigráfica de Freud «proceso primario», y la vida de la razón, que se encarna en el razonamiento, aproximadamente cubierta por el término «proceso secundario del pensamiento».

En su faceta de método de psicología profunda es como el psicoanálisis forma parte de la psicoterapia dinámica que se practica hoy día. Comparadas desde este fundamento metodológico, las llamadas escuelas de psicología se diferencian ampliamente unas de otras por su elección entre las distintas teorías etiológicas, a saber: a los freudianos se los definía por el sexo, a los kohutianos por el yo, a los jungianos por los arquetipos, a los adlerianos por el poder, a los kleinianos por las fanta-

sías arcaicas del pecho, a los lacanianos por las fantasías similares del falo. Estas teorías etiológicas no sólo han creado sus «-ismos» sino que se han convertido en totalizadoras reduciendo a la persona a la parte entronizada por cada teoría.

Mientras Freud ha hecho contribuciones fundamentales para ambas, metodología y etiología, los críticos no siempre dejan claro qué parte del sistema están criticando: el hombre, el método, los mitos o la ética de la profesión del psicoanálisis; parecería que todo fuese unido. Además, ya que no han aparecido, desde el psicoanálisis organizado, críticas serias ni un debate sobre las ideas del psicoanálisis, algo bien distinto a la crítica destructiva, estos detractores no han tardado en tomar al asalto el llamado psicoanálisis ortodoxo. Se apoyaban en el concepto de ortodoxia, es decir, la opinión correcta, un adjetivo más adecuado para la religión que para la ciencia y la búsqueda científica imparcial, como sería el de observación: no hay físicos «ortodoxos». Pero toda ortodoxia engendra sus herejías, y las guerras con las herejías pueden ser –y han sido– muy divisorias y destructivas.

Lo ortodoxo ha querido permanecer ortodoxo y con frecuencia ha blandido una crítica presuntamente legitimada, o, para utilizar el término de Colingwood, el debate criteriológico, achacando a los discrepantes resistencias, transferencias y otras similares y poco lisonjeras etiquetas diagnósticas *ad hominem*. Esta situación se facilitaba por varios motivos: la situación privilegiada de Freud como líder carismático, la necesidad de proteger el psicoanálisis de la acusación de ser una falsa curación y un culto, y la susceptibilidad de los fieles, por nombrar algunos de los factores. Creo que esa postura defensiva de los analistas sirve esencialmente a sus intereses. Al

aceptar el reto de defender a Freud contra sus detractores, o frente a quien era percibido como un detractor, se preocupaban únicamente por su propia reputación. Defender a Freud no les garantizaba a los analistas ningún favor por parte del público si el público está reaccionando contra la forma en que los analistas se han comportado con sus pacientes y estudiantes. Este problema requiere un método distinto de reivindicación del psicoanálisis como profesión. Además, el público tiene un derecho inherente a evaluar y controlar a una persona pública. Freud supuso un avance para la humanidad y pertenece a esa humanidad. La gente tiene derecho a estar totalmente informada acerca de la biografía de cualquier persona cuyas ideas tengan un impacto directo en sus vidas y en su destino. Para mí, el genio de Freud no puede desbaratarse por muchas revelaciones de su vida personal que se amontonen.

No existe aún una biografía intelectual definitiva de Freud, una que conecte la persona psicológica de Freud con sus eternos logros. Tenemos un buen número de «patografías» de Freud (un género inventado antes de él por Paul Möbius, neurólogo de Leipzig que estaba entre los primeros psicoterapeutas, o sea antes de que el psicoanálisis aplicado y la psichistoria se hicieran famosos), en las que su personalidad, su niñez, y sus presuntos síntomas se psiquiatrizan en grado diverso. En el ejemplo más reciente de un género que raya en lo ridículo, a Freud se le diagnosticaba paranoia (8). Se supuso que las patografías iban a ofrecer un remedio a las existentes hagiografías, como la de Ernest Jones; pero hasta ahora no nos han ofrecido *insights* definitivos sobre la génesis de los logros de Freud.

## COLABORACIONES

*Freud como metodólogo y como mitólogo*

Como hemos planteado anteriormente, el eterno Freud es el Freud metodólogo, el descubridor del método psicoanalítico. Con éste hizo una contribución permanente a la Psicología. El método psicoanalítico de Freud y las teorías empíricas que conlleva son un instrumento de terapia, un instrumento para investigar qué hace la mente, cómo funciona, no qué es la mente, y una concepción dinámica de los síntomas y la personalidad o el carácter. Las teorías empíricas caminan de la mano con la observación de los fenómenos psicológicos de la memoria, el sueño, la represión y la transferencia, y con la delineación de los aspectos dinámicos de la memoria, el sueño, la represión y la transferencia. No hay que equivocarse: la memoria, el sueño, la represión y la transferencia no son meras especulaciones a la espera de pruebas, sino que son nombres de fenómenos que juegan un papel causal y dinámico en otros fenómenos. La memoria y el sueño han sido reconocidos desde tiempo inmemorial. La represión y la transferencia han podido ser intuitas por otros. Pero fue Freud quien las colocó en el mapa. Apartándose a veces de la teorización empírica, Freud desarrolló también un número de teorías especulativas, como el instinto de la muerte y las energías del *ego* y del *id*. Por eso propongo hacer una diferencia entre la dinámica empírica de Freud y la dogmática especulativa de Freud, entre los hechos por él observados y sus ficciones especulativas: sus dogmas, doctrinas y mitos, como el del instinto de muerte.

Aunque Freud no hace constar tal diferencia de esta forma, creo que tenía esa distinción en su mente. En lo más álgido de su polémica con los dos notables cismáticos

aparecidos en la primera generación de sus incondicionales, Adler y Jung, Freud colocó la observación en el centro del método científico.

«Soy de la opinión de que ésa es precisamente la diferencia entre la teoría especulativa y la ciencia erigida sobre la interpretación empírica. La última no envidiará a la especulación su privilegio de poseer un fundamento llano y lógicamente irrefutable, sino que se contentará con los conceptos básicos, nebulosos y casi inimaginables que espera aprehender con más claridad en el transcurso de su desarrollo, o que incluso está preparada para reemplazar por otros. Ya que estas ideas no son la base de la ciencia sobre la que todo descansa; esa base consiste tan sólo en la observación. No son el fondo sino la cima de toda la estructura y pueden ser reemplazados y rechazados sin dañar nada» (9). Lo mismo ocurre hoy día con la ciencia de la física, cuyas nociones básicas en lo que concierne a la materia se centran en la fuerza, la atracción, etc., y son poco menos discutibles que las correspondientes nociones del psicoanálisis.

El pasaje anterior contrasta al Freud fundador de una nueva ciencia psicoanalítica del hombre y su conjunto de teorías empíricas, con el Freud líder de un *movimiento* psicoanalítico (*psychoanalytische Bewegung*), es decir, como de un partido político psicoanalítico, cuando no una secta religiosa, con una plataforma basada en teorías especulativas, es decir, los sueños de la metafísica convertidos en mitos y dogmas de fe, o en «*shibbólets*»<sup>1</sup>.

<sup>1</sup> Freud utiliza esta expresión hebrea en la «29.<sup>a</sup> Conferencia. Revisión de la doctrina de los sueños» —es decir, la primera de las *Nuevas conferencias de introducción al psicoanálisis*, dictadas en 1932— aplicándola a la teoría onírica como signo diferencial entre quienes se hicieron partidarios del psicoanálisis y quie-

La distinción entre método y mitología fue difuminada en ocasiones por el propio Freud. Por ejemplo, al decir que los sueños eran causados por el cumplimiento de los deseos infantiles –para reforzar la teoría de la libido, una doctrina acerca de la aparición de una energía sexual endógena e impersonal que presiona por descargarse como una fuerza impulsiva– Freud se desvía de su concepción empírica y metodológica del sueño entendido como una reacción a los restos diurnos, ignorando la observación de que, en realidad, el cumplimiento del deseo se pone en marcha a sí mismo por una reacción a los residuos traumáticos del día (10). Es la totalización del concepto de deseo, o la hipóstasis de las energías de la libido, lo que hace de la doctrina un objeto de mito y culto (11, 12), repetida muchas veces acriticamente.

En su famosa carta a Einstein, Freud compara las teorías con la mitología: «Puede parecerle a Ud. que nuestras teorías son una especie de mitología, y si así fuese, ni siquiera sería una mitología grata. Pero, ¿acaso no desemboca toda ciencia natural en una mitología de esta índole? ¿No podría decirse lo mismo de la ciencia de la física, en que Ud. se ocupa?» (13). Este comentario es revelador por una serie de razo-

nes. Comparar las teorías con los mitos suena bastante blasfemo, puesto que el significado negativo de mito es el de hacer creer algo irreal, inexistente o falso. Pero en ese momento Freud se encontraba ambivalente respecto a su teoría, ya que en otras ocasiones defendió sus teorías con un fervor que rayaba en el fanatismo religioso. Además, la inclusión que hace Freud de la física entre las mitologías sacude la vana ambición de muchos que consideran a la física como una «vaca sagrada», como una ciencia paradigmática con la que el psicoanálisis tendría que ser para siempre injustamente comparado.

Sin embargo, el picotazo es más aparente que real. Yo sería remiso a considerar que el comparar las teorías con la mitología sea una frivolidad. No se menosprecia a las teorías por llamarlas mitos. Los mitos son una parte importante de la vida humana. Puesto que la humanidad no puede vivir sólo de pan: necesita sus mitos. El mito es una variante de la conciencia, una función de la imaginación y la inteligencia simbólicas del hombre (1), otra forma de percibir y representar hechos de la realidad.

Los mitos son especialmente útiles para construir sistemas de causalidad y explicación, al responder a preguntas acerca de los orígenes. La cuestión sobre cómo empezó el mundo se responde con el mito del Génesis o el mito del *Big Bang*. La cuestión de cómo se crearon los sexos se explica en el mito del andrógino originario, la fábula de Aristófanes retomada por Platón en su *Banquete*. Estos mitos suelen ser considerados como relatos, en prosa o en verso, que utilizan metáforas, alegorías y parábolas como las que se encuentran en la Biblia, en Homero, en Sófocles –todos ellos influyeron en Freud– y en el mismo Freud (hay una afinidad entre el Freud narrador y el

nes no pudieron aprehenderlo (*Obras Completas*, T. XXII. Buenos Aires, Amorrortu, 1976, p. 7). En la Biblia (*Jueces*, 12, 5-6), obligar a alguien a pronunciar «shibbólet» es el procedimiento utilizado por los galaaditas para reconocer a los pertenecientes a la tribu enemiga de los efrainitas, que no pronunciaban el sonido «sh» y lo transformaban en «s» líquida. Las tribus hebreas se distinguían por su diferente pronunciación del idioma común, según han comprobado numerosos estudios filológicos. A los profanos puede bastarnos recordar que por ese motivo fue reconocido San Pedro como galileo, en el episodio de su triple negación: «[...] en verdad que tú eres de ellos [galileo], pues tu misma habla te descubre» (*Mateo*, 26, 69-75). – N. del T.

## COLABORACIONES

Freud mitólogo, pero no existe mucha justificación para confundir las narraciones de Freud con su método). No es sorprendente entonces que la conciencia mitológica emerja donde menos se la espera: en la creación de teorías científicas.

El punto de vista de Einstein no era diferente en su propia distinción entre el método y el mito, actuar y soñar: «Si quiere Ud. aprender algo de los físicos teóricos acerca de los métodos que utilizan, mi consejo es que se aferre Ud. a este principio: no escuche lo que digan, cíñase a lo que hacen. Porque aquél que inventa teorías considera los productos de su imaginación tan indispensables y tan de origen natural que puede tender a confundir estas quimeras de su imaginación con realidades» (14) [traducción del autor].

El consejo de Einstein se aplica en mayor medida a los psicoanalistas. Primero por la diferencia entre los objetos de la física y del psicoanálisis. Segundo, porque bajo la influencia de la jerga psicoanalítica y de las teorías especulativas acerca de la ontología de la mente, la persona, esto es, el autor y el actor, casi ha sido olvidada. Irónicamente, la física moderna, un ciudadano acreditado dentro de la comunidad científica, no se avergüenza de admitir su lado especulativo y filosófico. De igual forma, la medicina no se avergüenza de llamarse a sí misma «el arte de la curación», aunque haga un amplio uso de las ciencias básicas. El psicoanálisis, por siempre el último en llegar, el judío errante, tendría sin embargo que acicalarse con el plumaje de la ciencia (o aún peor con el del científicismo) y estar siempre disculpándose por su faceta más filosófica y plástica. Acicalándose con las plumas de la física negaría sus raíces filosóficas o se mantendría en la ignorancia de las mismas.

Dicho esto, no nos sorprenderá la reciente aparición de un libro acerca de las teorías de la física con el atractivo título *Inventando la realidad: física y lenguaje* (15). La física, la ciencia más antigua, puede permitirse jugar a la invención: el psicoanálisis, que aspira a ser una ciencia como la física, tiene que tomarse sus teorías seriamente, muy seriamente. Nadie ataca al físico por lo especulativo de sus teorías, mientras que el analista es acosado por ello.

*Sexo: realidad frente a ficción,  
método frente a mito*

El sexo es un hecho de la vida, puede observarse, no es una ficción o un mito, y existe una etiología sexual del trastorno. Se convierte en mitología cuando en vez de fijar su papel actual en una determinada biografía, un trastorno o una situación determinados, la sexualidad se entiende como una etiología constante y universal de las neurosis y las psicosis. De esta forma el sexo como hecho puede convertirse en ficción, en una convicción de culto llamada «pansexualismo», de la que Freud fue acusado pero que él mismo había repudiado con firmeza. Después de estudiar con Charcot y en época tan temprana como 1888, Freud escribió: «Debe ser [...] admitido que las condiciones relacionadas funcionalmente con la vida sexual tienen un papel muy importante en la etiología de la histeria (y de todas las neurosis)» (16), en la histeria de las mujeres y la neurastenia de los hombres, una visión que sería ampliamente desarrollada en *Tres ensayos sobre la teoría de la sexualidad* (17). Nótese bien: no tres ensayos sobre la sexualidad, pues en ese caso Freud no dejaría de ser un mero sexólogo como otros

muchos antes que él, sino acerca de la teoría de la sexualidad, más exactamente, sobre la psicosexualidad, y su papel en la dinámica de las etapas pre-edípicas y edípicas del desarrollo. La etiología del instinto sexual se convirtió en mitología mientras se aplicó como exclusiva explicación de los trastornos y del desarrollo, hasta que otros factores emocionales –como la agresión, la ira, la dinámica inconsciente de la identificación– adquirieron notoriedad como otras causas importantes.

La propensión a convertir en mito la teoría de la sexualidad se vio favorecida e incitada por su esencia, considerada como un modelo exclusivamente monádico adecuado para la concepción fisiológica del instinto sexual y su descarga dentro de un organismo autosuficiente, pero inadecuado para justificar el hecho de que la sexualidad se consume entre dos personas, convirtiéndose en algo diádico, es decir, interpersonal, intercambio y comunicación (18). En verdad, las formulaciones monádicas de la tensión y la distensión como acumulaciones y descargas de la libido y como estados del organismo, parecen ser más «científicas» que las diádicas; pero esa actitud científica tiene lugar a costa de una reducción deshumanizante: el amor es reducido a la libido, la felicidad al placer, el drama al instinto, la voluntad al deseo, sin ganar nada en precisión o en autenticidad.

Pasó lo mismo con la conversión en mitología de la homosexualidad y de la paranoia. En 1911, en el análisis de Schreber, Freud aún seguía cautivo del mito consistente en que la homosexualidad reprimida es una causa universal de paranoia, restando énfasis al papel de la agresión, la rebelión y la ira en favor de la sexualidad. Sin embargo este ensayo no trataba en absoluto sobre Schreber, sino

acerca de un «caso» ilustrativo seleccionado artificialmente para una teoría que ya estaba en curso desde 1908; clínicamente, el historial de Paul Schreber no era ni paranoia ni homosexualidad, era un simple mito (12, 19-32). Cuatro años más tarde Freud profesaba cierto escepticismo hacia su teoría (33), lo que muestra, como ha dicho el propio Grünbaum (34), que Freud conocía el criterio de Popper de la disconformidad de la teoría. Es un hecho en la historia del psicoanálisis que el sexo, más que ningún otro hecho convertido en ficción, ha causado las más variadas y perversas controversias (35).

La fórmula de la homosexualidad utilizada en Schreber fue aplicada por Freud posteriormente, con resultados desastrosos, a un famoso analista americano, Horace Frink, cuya historia fue tratada con gran sensacionalismo en las páginas del *Washington Post* (36), en la revista *Johns Hopkins Magazine* (37) y en el *New York Times* (38). Freud se inmiscuyó en la vida privada de Frink y le animó para que se divorciara de su mujer y se casara con una rica heredera. Aunque sus motivos pudieran no haber sido tan ruines como la exclusiva obtención de beneficios financieros con el nuevo matrimonio, según expone en unas cartas a Thaddeus Ames, psicoanalista de New York, Freud endosó al psicoanalizado Frisk la misma interpretación que al psicoanalizado Paul Schreber: Frink, dijo Freud, era víctima de una homosexualidad insuficientemente analizada. En ambas situaciones Freud se cegó con su propio mito de la causa universal de la paranoia. En Frink como en Schreber, pasó por alto el diagnóstico de melancolía, bombardeándole con interpretaciones de su latente homosexualidad mientras malinterpretaba los profundos conflictos heterosexuales que

## COLABORACIONES

Frink tenía entre las figuras de la mujer como esposa y como amante. En este caso la semilla de las críticas a Freud fue plantada por él mismo: se tomó demasiado literalmente sus teorías de la sexualidad.

*Una pequeña muestra de las críticas negativas a Freud*

La crítica negativa de las ideas de Freud es casi tan antigua como el psicoanálisis. Después de la recepción favorable de Freud en Austria y Alemania en la última década del siglo XIX y la primera década del XX, recibió muchas críticas de psiquiatras como Aschaffenburg, Krafft-Ebing y Hoche, y fue defendido por Eugen Bleuler (39); tanto entonces como durante décadas después, la cuestión más controvertida fueron las enseñanzas de Freud acerca de la etiología sexual del trastorno emocional.

El último intento de crítica a Freud que fue noticiable, en 1993, una diatriba del catedrático inglés Frederick Crews, antiguo admirador de Freud que se convirtió en su enemigo, mezcla la malvada persona de Freud con la malvada doctrina del freudismo, a la vez que demuestra haber entendido muy poco el método psicoanalítico. Ese mismo año, el artículo se convirtió rápidamente en noticia sensacionalista en una historia de portada del *Time magazine*, «¿Freud ha muerto?». Algunos analistas se asustaron: podría perjudicar a la profesión. No es así: eso es un desplazamiento, pues la crítica negativa a Freud no puede perjudicar la causa del psicoanálisis más que la conducta de los propios analistas. Mis analizando sofisticados leyeron a Crews y no se preocuparon en absoluto: nuestro trabajo continuó sin interrupciones. La publicación de mi respuesta a Crews fue rechaza-

da por la *New York Review of Books* pero apareció más tarde en otra revista (40).

Mientras que los primeros detractores de Freud atacaban principalmente sus doctrinas, los de cosechas más recientes parecen esforzarse por superarse mutuamente en el exceso virulento de sus ataques personales. Otros, incluso aunque su objetivo declarado es un debate intelectual, han llegado a atacar el propio método (41, 42, 43). Existen dos formas de confusión: a) mezclan argumentos *ad hominem* con argumentos *ad rem*, contra la persona y contra sus ideas; b) confunden el método con las teorías o doctrinas.

Otro detractor reciente de Freud es el sociólogo holandés Han Israëls, que contribuyó con una investigación biográfica valiosa de la familia de Paul Schreber pero no supo entender la tragedia personal de Schreber en las garras de la psiquiatría alemana de la época, tan académica e institucional (18-20, 44-46). En desventaja por su ignorancia de la psiquiatría, limitado en sus conocimientos del método psicoanalítico, Israëls es, como mínimo, muy ambivalente con Freud, aunque puede conceder de mala gana que Freud tiene algo que ofrecer (47). Sin embargo, Israëls no comprende el esfuerzo de Freud por responder a una realidad histórica y a una realidad física, a los hechos y a las fantasías, al trauma y a la memoria del trauma, etc. Estas son cuestiones complejas y tendré algo más que decir acerca de esto en conexión con Grünbaum más adelante. Estoy de acuerdo con Israëls en lo referente a la importancia de los hechos históricos, y, en verdad, los hechos como resto diurno son cruciales en la psicología del sueño de Freud; sin embargo, esta psicología del sueño —el contrapunto de la realidad y la fantasía, de la percepción y la alucinación, el fundamento del método de

Freud— es ajena a las preocupaciones positivistas de Israëls. Recientemente Israëls se excedió a sí mismo: en un artículo publicado en una famosa revista de psicología (48), hace una afirmación a modo de pregunta retórica tendenciosa: «Sigmund Freud ¿un mentiroso patológico?». Farrell, catedrático de literatura, fue más allá que Israëls: volvió a definir la ironía y la sátira paranoicas y sacó la conclusión de que Freud era clínicamente un paranoico (8). En la reseña del libro, Sarah Boxer (49) barrió para casa: «El lector sólo puede sacar la conclusión de que si hay que echarle la culpa a alguien por la actual corriente de profundo recelo contra Freud es a Freud mismo. Aquí la caza del hombre de la crítica de Freud, en su vehemente persecución de la presa analítica, finalmente se ha mordido la cola. ¿Adónde llegaremos después?».

En lo que se refiere a la postura de Israëls como crítico de Freud y del psicoanálisis, su tan cacareado método crítico histórico se reduce a tratar de descubrir errores, inconsistencias y falta de honradez en la investigación y la conducta de Freud y de otros psicoanalistas. Desde luego, ese tipo de estudios podría dar lugar a rectificaciones o producir nuevas y mejores pruebas, hasta el punto de ser beneficioso y conducirnos al progreso científico. Es, sin embargo, bastante característico del método de argumentación de Israëls fijarse en un fallo, en una contradicción real o aparente o en un error, y después retorcerlo, exagerarlo y seducir a los incautos. Utiliza ese método en su polémica contra la interpretación de Freud de la historia de Leonardo da Vinci (47). Israëls buscaba desacreditar a Freud por haber utilizado a sabiendas una mala traducción del nombre del pájaro que Leonardo recordaba que le abrió la boca con la

cola cuando tenía cinco años, para reforzar una falsa teoría de que Leonardo fue homosexual, pero puede que haya suficientes pruebas históricas, además de las de Freud, que atestigüen que Leonardo era homosexual. Freud se refirió al pájaro como un buitre en vez de un milano, como aparece en la traducción alemana de la novela del ruso Merezhkovski que utilizó Freud como fuente.

Así es como presenta Israëls el «engaño» de Freud: «Freud tuvo que haber conocido las memorias de la niñez de Leonardo a través de Merezhkovski [...] Esto fue descubierto por James Strachey» (47). Pero Strachey no tuvo que esforzarse mucho para descubrir esto porque el mismo Freud cita a Merezhkovski en varias ocasiones. Israëls también cita a Strachey diciendo: «[En] el libro de Merezhkovski sobre Leonardo, que, como se puede ver por la copia anotada en la biblioteca de Freud [...] la palabra alemana que se usa en la fantasía de la cuna es 'Geier', aunque Merezhkovski utilizó correctamente 'korshun', la palabra rusa para 'milano'» (50). No se tiene noticia de que Freud supiera ruso, así que sería razonable suponer que no habría comparado la traducción alemana con el original de Merezhkovski y por lo tanto no tuvo ninguna culpa. Es verdad que Freud sacó tajada hermenéutica de la aliteración entre el mal traducido «buitre», la palabra egipcia «Mut», diosa materna de cabeza de buitre<sup>2</sup>, la leyenda medieval de que los buitres se reproducen por partenogénesis sugiriendo

<sup>2</sup> En los jeroglíficos egipcios, el buitre era el ideograma para «madre». Además, el nombre de la diosa-madre-buitre, Mut, hace pensar a Freud en la palabra alemana «Mutter», madre. Ver «Un recuerdo infantil de Leonardo de Vinci», en *Obras Completas*, tomo V, Madrid, Biblioteca Nueva, 1972, pp. 1.591-1.592.—N. del T.

## COLABORACIONES

de esa forma la Inmaculada Concepción, y la conexión de todo esto con Leonardo y su madre. Estoy de acuerdo con Strachey en que el error no es peligroso para la teoría de que la madre de Leonardo fue una influencia importante en su vida. Si la corazonada de Freud es correcta, entonces no importa qué pájaro era, sino la posible conexión entre la cola símbolo del pene o del pezón por igual, y el pecho materno. Aunque así fuera, hay una nota a pie de página del propio Freud, añadida en 1919 a la segunda edición de su ensayo: «el gran pájaro en cuestión no tiene por qué haber sido un buitres»<sup>3</sup>, que Israëls no menciona. Esta traducción equivocada ya había sido puesta de manifiesto por MacLagan y Meyer Schapiro, este último en un ensayo bastante famoso de 1950. Conclusión: mucho ruido y pocas nueces. ¿No podemos reconocer las opiniones equivocadas de Freud sobre materias determinadas sin tirarlo todo por la ventana? Vean una de las curiosas vueltas que ha dado esta historia: yo mismo objeté con todas mis fuerzas (51) la categórica afirmación de Peter Gay, «Como Leonardo, Schreber era homosexual», porque cualquiera que fuera la verdad de la homosexualidad histórica de Leonardo –y según algunas autoridades lo era– la supuesta homosexualidad de Schreber era un mito de Freud, posición que he mantenido desde 1989.

El supuesto abandono de Freud de la teoría de la seducción se ha convertido en otra tentación para que Israëls le denigre. He escrito sendos artículos, antes (10) y después (52) de la publicación de la obra de Masson *Ataque a la verdad* (53), para mostrar que Freud nunca abandonó la teoría de la seducción. Este supuesto abandono se debió a las complejidades del tema de la

seducción y a las equivocaciones y confusiones del propio Freud. Pero la historia del abandono es la historia oficial y se consideró como verdad psicoanalítica. Por lo tanto, es una paradoja que la afirmación de Masson de que Freud abandonó la teoría de la seducción fuera tratada por los analistas como un acto de subversión y una traición, aunque había otras muchas razones para estar enfadados con Masson que no nos conciernen aquí (54, 55). Su última autobiografía, *Análisis Final* (56), que es donde empezó todo, confirma lo que yo llevaba sospechando durante un tiempo: el propio Masson era el hijastro seducido y maltratado por el *establishment* del psicoanálisis y, como otros tantos niños así maltratados, les pagó con la misma moneda. La historia es también un buen ejemplo de que los problemas reales del psicoanálisis como profesión se han agravado por culpa de los propios analistas, y no por los ataques a Freud: por su actitud arrogante y soberbia con respecto a los estudiantes, pacientes y colegas, que viene de los tiempos de Freud y del auge del psicoanálisis en los Estados Unidos. Todos nos hemos vuelto un poco más humildes desde entonces. Mientras exista el género humano tal como ahora es, siempre habrá terapia y terapeutas, análisis y analistas... y problemas con los yerros de los terapeutas.

Donald Spence, formado en el Instituto Psicoanalítico de New York y miembro de la Sociedad correspondiente, es un ejemplo de ataque contra el método llevado a cabo desde dentro del psicoanálisis. Causó sensación en 1982 con su *Verdad Narrativa y Verdad Histórica* (41), hecho que tuvo su continuación en la crítica de Roy Schafer contra la metapsicología. Spence atacó el propio método. La teoría de Spence dice lo siguiente: «Dado que la libre asociación en

<sup>3</sup> Ídem, p. 1.589.–N. del T.

el paciente es poco fiable, su homóloga en el analista es inservible, la memoria es falible y los interlocutores en el diálogo psicoanalítico son crédulos, uno debería abandonar toda esperanza de que la técnica clásica sea capaz de generar una verdadera historia del pasado del paciente [...] Como la memoria del paciente no puede ser la fuente de una verdad histórica válida, no existe más elección que conformarse con un sustituto, es decir, con la verdad narrativa». Esta segunda opción, la verdad narrativa, la fabrica el propio analista, es una demostración de su competencia profesional, y esta probable historia es el producto que el analista le vende a su agradecido paciente. Esta es la caricatura de la técnica de Freud según Spence. Yo salí al contraataque (57). Grünbaum (58) ratificó mi crítica de Spence.

En su crítica de 1989 a Freud, titulada «Teorías de la mente: ¿ciencia o literatura?» (59), Spence fue a vendimiar y se llevó uvas de postre al hacer esa pseudo-pregunta. Spence afirma una vez más que el psicoanálisis no es ni literatura ni ciencia en el sentido convencional de la palabra. De todas formas, Freud ya había anticipado la crítica de Spence llamando a las teorías especulativas mitos, es decir, variantes de la metáfora. Centrarse en las teorías de la mente fue en esencia la argumentación de Spence: ni una palabra acerca del método de Freud, ni una palabra de la persona. De nuevo la sátira de Spence está fuera de lugar porque Freud mismo invocó la literatura en 1895: «El hecho es que el diagnóstico local y las reacciones eléctricas no nos llevan a ninguna parte en el estudio de la histeria, mientras que una descripción detallada de los procesos mentales tal y como estamos acostumbrados a encontrar en las obras de imaginativos novelistas, me permite, con la utilización de unas cuantas fór-

mulas psicológicas, obtener al menos algún tipo de conocimiento interno en el desarrollo de esa afección» (60).

Lo que es más, no sólo la literatura ha contribuido al conocimiento interno de una persona, sino que el método psicoanalítico ha hecho una contribución metodológica a la literatura y a la crítica literaria: «[...] la psicología de Freud es la única que convierte a la poesía en parte esencial de la propia constitución de la mente. Es más, la mente, tal como la ve Freud, es en su mayor parte y por propia tendencia un órgano dado a hacer poesía [...] Freud no sólo ha hecho de la poesía algo natural; ha descubierto su naturaleza pionera y colonizadora, y la concibe como un método del pensamiento [...] En el siglo XVIII, Vico habló del lenguaje metafórico y lleno de imágenes de los primeros estadios de la cultura; le dejó a Freud la tarea de descubrir cómo, en una época científica, aún pensamos y sentimos mediante formaciones figurativas, y la de crear lo que es el psicoanálisis: una ciencia de los tropos, de las metáforas y sus variantes, sinécdoque y metonimia (61).

La poesía es parte esencial de la propia constitución de la mente y de la constitución del síntoma: ésta era la eterna revelación de Freud (62). Para comprender esto necesitamos aún aceptar otro *oxímoron*: el método psicoanalítico como una ciencia de los tropos, como una ciencia de los sueños y como una ciencia de los síntomas. Esta nueva ciencia, parafraseando a Vico, es difícil de aprehender con una concepción científica o materialista restringidas de la mente. Pero una pregunta parecida podría también serle planteada a la ciencia: la materia existe y sin avances tecnológicos y científicos el mundo no puede sobrevivir; pero, ¿escribir acerca de la ciencia no es una especie de literatura?

## COLABORACIONES

Esto que es cierto para la poética lo es también para el lenguaje como un todo: Lacan lo comprendió correctamente cuando dijo que el inconsciente está estructurado como un lenguaje. Son las estructuras inconscientes del lenguaje las que transmiten el significado del hablante al oyente, y son los discursos y los gestos comunicativos los encargados de transmitir mensajes significantes y síntomas significantes entre las personas (63, 64).

*La obra de Adolf Grünbaum*

Aunque no es estrictamente un detractor de Freud sino un simpatizante a ultranza de las vulgares bufonadas destructoras de F. Crews, el catedrático de Filosofía Adolf Grünbaum, un hombre por el que aún siento un cariño personal, es relevante en esta discusión por otros motivos. Mundialmente famoso por su lectura diligente de Freud, sus prolíficos escritos y su retórica vehemente en ambos lados del Atlántico, ha encabezado un movimiento, mejor dicho, una industria. Los psicoanalistas necesitan críticos como él para ser más rigurosos en su forma de pensar. Pero me propongo mostrar dónde es Grünbaum brillantemente eufónico pero básicamente erróneo, debido a una comprensión insuficiente de lo que Freud quería decir en realidad.

Grünbaum lanzó un reto a los psicoanalistas para que demostrasen de qué forma el psicoanálisis: a) es una ciencia natural que afirma ser un tratamiento válido de los trastornos psicológicos; b) está basado en la observación clínica válida y en teorías etiológicas; y c) constituye un método de tratamiento causal, específico y superior para tratar determinados trastornos, y no es un placebo inespecífico. En sus *Fundamentos*

*del psicoanálisis: una crítica filosófica* (58), obra con la que abre un nuevo camino, argumenta que aunque Freud hubiera «insistido en que el estudio profundo y gradual de los conflictos del paciente es el factor terapéutico crucial en el tratamiento, y es, por supuesto, un ingrediente «que distinga el tratamiento analítico de cualquier otro tipo de tratamiento por sugestión» («Recordar, repetir y reelaborar», en *Nuevos consejos sobre la técnica del psicoanálisis*, II, S.E. 1914, 12: 155-156)», Grünbaum cree haber demostrado que «en la mayoría de los casos el psicoanálisis debe [...] ser considerado como una terapia placebo» (Grünbaum, *op. cit.*, p. 165). Con unas pocas excepciones, limitaré mi refutación sobre todo a las afirmaciones de Freud en los *Estudios sobre la histeria*, de 1895 (60), y a las de Breuer en la «Comunicación preliminar» de 1893 (65).

Aunque Freud reclamaba la superioridad del método analítico sobre la mera sugestión, Grünbaum se equivoca al atribuir a Freud la idea de que sugestión significa placebo: esta ecuación es de Grünbaum, no de Freud, porque, como en el caso de la seducción, Freud nunca abandonó la sugestión como una fuerza viva legítima que está detrás de la influencia terapéutica (66). De hecho, mucho antes, durante y después de Freud, la sugestión, con o sin hipnosis, ha sido una técnica de tratamiento válida y todavía es el fundamento de las terapias de la modificación del comportamiento.

Desde el Departamento de Psiquiatría de la Universidad de Pittsburgh donde tiene el título de Catedrático de Investigación, un ambiente muy influido por las terapias farmacológicas de los trastornos emocionales, Grünbaum utilizó el término «placebo» de forma peyorativa. En el *Diccionario Médi-*

co de Hooper de 1811 se lee: «Placebo [del latín, *agradaré*, traducción de la *Vulgata*, salmo 14, versículo 9]: epíteto con que se califica a cualquier medicina adaptada más a agradar que a beneficiar al paciente» (Gerhard Fichtner, comunicación personal), y en un diccionario reciente se traduce como «cualquier tratamiento médico fingido; originariamente, una preparación medicinal sin acción farmacológica específica sobre la enfermedad o el dolor de un paciente, administrada únicamente para los efectos psicofisiológicos del tratamiento; más recientemente, un falso tratamiento administrado a un grupo de control en una prueba clínica controlada, para poder distinguir los efectos específicos e inespecíficos de un tratamiento experimental» (67). El absoluto rechazo de Grünbaum hacia el psicoanálisis, al que considera un placebo, no sólo se aparta del objetivo al equipararlo al suero salino y al aceite de serpiente en vez de comparar sus niveles de éxito con diferentes modalidades de psicoterapia, como la sugestión, la hipnosis, la modificación del comportamiento, ninguno de los cuales considera que sean un placebo, sino que además confunde una cuestión de principio: la eficacia del método *versus* la solidez esencial y profunda del método. El contraargumento inmediato es éste: mientras que consideraciones tales como los estudios de resultados, la eficacia del tratamiento comparado con otros alternativos, la contabilidad fiscal y las políticas de reembolso son retos legítimos a las afirmaciones de que el psicoanálisis como tratamiento sea superior a otras técnicas, ninguna de estas consideraciones pueden ser tenidas en cuenta como una puesta en cuestión del método psicoanalítico en sí mismo. El fracaso o el éxito de la técnica psicoanalítica en una situación determinada necesi-

ta ser justificado, pero este éxito o fracaso no puede invalidar el método *per se*, no más de lo que un resultado poco satisfactorio de un tratamiento en Medicina pueda impugnar los tratamientos médicos: por ejemplo, el hecho de que ciertas drogas anti-cáncer tengan sólo un 11% de probabilidades de lograr la curación no invalida el método de la quimioterapia contra el cáncer *per se*. Así, el psicoanálisis como método se mantendrá o se desmoronará en base a su propio empirismo y metodología, la verdad de sus premisas y conclusiones, su consistencia y su lógica internas. Y, entonces sí, dejen que el porcentaje de los resultados sea evaluado –y aquí estoy de acuerdo con Grünbaum– a través de estudios extraclínicos y de toda clase de estudios epidemiológicos.

Freud nunca utilizó el término placebo pero en una sola ocasión empleó una expresión equivalente, *Scheinbehandlung*, «tratamiento simulado» (Gerhard Fichtner, comunicación personal), para describir la manera en la que la señorita Elisabeth von R., quien durante dos años consecutivos se quejó de dolores en las piernas y dificultad para andar que parecieron de naturaleza histérica, fue persuadida para seguir un tratamiento psicoanalítico para su dolencia. Considerando la posibilidad de un origen mixto organogénico y psicogénico, Breuer y Freud recomendaron al principio masajes y faradización sistemáticas de los músculos dolorosos. «Su pregunta sobre si debería obligarse a sí misma a caminar fue resulta con un contundente «sí». De esta forma conseguimos una ligera mejoría. De modo singular, parecía que disfrutaba con los dolorosos *shocks* producidos por el aparato de alta tensión, y cuanto más fuertes más parecía que sus propios dolores remitían. Mientras tanto, mi colega estaba preparan-

## COLABORACIONES

do el camino para un tratamiento psíquico, y cuando, después de cuatro semanas de mi falso tratamiento (absurdo, falso tratamiento, *Scheinbehandlung*) le propuse el otro método y le informé a ella del procedimiento y del modo de operación, me encontré con una pronta comprensión y pocas renuencias» (*Estudios sobre la histeria*, S.E., 1885, 2, p. 138).

El procedimiento, su modo de actuar, y los procesos puestos en movimiento estaban todos fundados en un método: si el síntoma era psicológico, el tratamiento era psicológico. El método fue anunciado al mundo por Breuer y Freud en su «Comunicación preliminar» de 1893, que hizo época, ese su manifiesto que constituye la introducción a los *Estudios sobre la histeria*. Aunque los dos colegas eran conscientes del escollo «de la sugestión inconsciente: [esto es], el paciente espera que mediante este procedimiento se alivien sus sufrimientos, y es esta esperanza, y no la expresión verbal, el factor operativo» («Comunicación preliminar», S.E. 1893, 2, p. 7), presentan pruebas convincentes de que el procedimiento se basaba en una fundamentación sólida, tanto metodológica como empíricamente, que evolucionó «a lo largo de años de investigar una gran variedad de diferentes formas y síntomas de histeria» (ídem, p. 3), y esto les llevó a desarrollar «un nuevo método para el estudio y el tratamiento del fenómeno de la histeria» (*Estudios sobre la histeria*, S.E. 1895, 2, p. xxix) «con el propósito de descubrir la causa que los produce, el hecho que provocó su primera aparición, a menudo muchos años antes del fenómeno en cuestión» (ídem, p. 3).

Al nuevo método le corrigieron una deficiencia de su procedimiento habitual: observaron que «en la gran mayoría de los

casos no es posible establecer el punto de partida [de un síntoma] a través del simple interrogatorio del paciente, aunque se lleve a cabo concienzudamente, porque se trata de experiencias de las que al paciente no le gusta hablar; pero sobre todo porque es honradamente incapaz de recordarlas» (ibídem, p. 3). Por lo tanto había, «como regla necesaria, que hipnotizar al paciente y despertar bajo la hipnosis recuerdos de la época en que el síntoma hizo su primera aparición» (ibídem, p. 3). Y así es cómo se descubrió el método catártico de Breuer-Freud del recuerdo y la abreacción: por influencia de los mesmeristas, también llamados magnetizadores. Los mesmeristas entendían que puesto que los síntomas no aparecían en un estado normal de la conciencia vigil, sino en situaciones patológicas de disociación de la conciencia dominada temporalmente por un estado de «segunda conciencia» —después llamada en francés *condition seconde*— que consiste en una autohipnosis, «estado crepuscular semi-hipnótico del estado de ensoñación» (p. 15). Así pues era necesario conducir al paciente a un estado parecido, al trance magnético o hipnótico terapéuticamente provocado, trance que gracias a la hipermnesia suscitada por la condición hipnótica, facilitaba el recuerdo de estados anteriores, como describió Freud en una nota al pie de la página 7 («Comunicación preliminar»):

«La posibilidad de un procedimiento terapéutico de esta clase ha sido reconocida abiertamente por Delboef y Binet, como se demuestra en las siguientes citas: 'Ahora podemos explicar de qué forma el que hipnotiza promueve la curación. Lleva al sujeto al estado en el que el problema apareció por primera vez y utiliza palabras para combatir ese problema, que ahora hace una nueva aparición. [...] Quizás podamos des-

cubrir que conduciendo al paciente a través de un artificio mental al momento mismo en el que el síntoma apareció por primera vez, podemos hacer de él un sujeto más apto para la sugestión terapéutica'» (p. 7).

Breuer y Freud ampliaron el método de los primeros mesmeristas consistente en llevar al paciente a los orígenes del síntoma, dando importancia a la catarsis, a la abreacción o «purgación» de los afectos asociados, principalmente la de los afectos negativos del miedo, la rabia, la aversión y la agresión: «[...] cuando el paciente ha descrito el hecho con el máximo de detalles y ha traducido el afecto en palabras» (p. 6), «ya que las ideas que se han convertido en patológicas han persistido con tal frescura y fuerza afectiva porque les han sido negados los procesos normales de desgaste a través de la abreacción en situaciones de asociación no inhibida» (p. 11).

Freud refinaría más tarde lo de la «asociación no inhibida» con el método totalmente ya articulado de la libre asociación (3, 57, 68).

Hasta aquí he esbozado las observaciones clínicas y las formulaciones empíricas que condujeron a Breuer y Freud al nuevo método, preliminar a cualquier explicación de la dinámica de los procesos inconscientes, del conflicto y las defensas, esto es, la represión, aspectos todos ellos esenciales del nuevo método, hecho con el que Grünbaum no acaba de enfrentarse y además omite en su discusión de la «Comunicación preliminar» y otros textos de Freud. Armado con su argumento del placebo colocado fuera de lugar, Grünbaum declara la guerra a muerte al descubrimiento de Freud de (a) la represión, (b) la dinámica del inconsciente, y (c) la técnica de libre asociación. El silogismo podría ser así: puesto que el éxito terapéutico psicoanalíti-

co es dudoso, únicamente placebo, y puesto que el éxito terapéutico sería la prueba de una acertada teoría del trastorno, *ergo*: la teoría es tan mala como la terapia. Dice lo siguiente: «Está claro que la atribución de un éxito terapéutico al desmantelamiento de las represiones –más que a la mera sugestión– era el fundamento, tanto lógico como histórico, para la central trascendencia dinámica que la ideación inconsciente adquiere en la teoría psicoanalítica: sin apoyarse en la presunta dinámica de unos resultados terapéuticos, Breuer y Freud no hubieran podido jamás convertir los datos clínicos en etiologías basadas en la represión. Esto no sirve para negar que el *Zeitgeist* psiquiátrico hubiera ya allanado el camino para una teoría psicopatológica. Pero esto quiere decir, según ellos nos cuentan («Comunicación preliminar», S.E. 1893, 2, p. 6), que la «prueba» de su innovador postulado etiológico fue proporcionada por la eficacia curativa de disipar las represiones de la vida adulta que tuviesen un parecido específico con los síntomas» (58). «[Sobre todo] la simple y escueta existencia de un mecanismo de represión –que había sido formulado de manera especulativa antes de Freud por Herbart y Schopenhauer (Ellenberger 1970, p. 209)– todavía una lejana sombra de su papel freudiano como agente patógeno genérico, como instigador del sueño y como engendrador de parapraxias» (ídem, p. 188; los énfasis son de Grünbaum).

Grünbaum mata dos pájaros de un tiro: la represión y la ideación inconsciente, los fenómenos unidos indisolublemente con los que el método psicoanalítico se sostiene o se derrumba. Sin embargo, los pasajes anteriores están fundamentalmente equivocados y le hacen a uno sospechar que a pesar de su, sin lugar a dudas, atenta lectu-

## COLABORACIONES

ra de Freud, Grünbaum marca las cartas al jugar contra Freud colocando el método en la esfera de la patología y la terapia.

Esto último es ciertamente cuestionable con respecto a la dinámica inconsciente, puesto que oscurece lo que fue doble propósito de Freud desde el principio: desarrollar un método causal de curación del trastorno y una psicología científica y dinámica para explicar cualquier clase de comportamiento. Freud empezó con un método que buscaba desenmarañar los significados de los síntomas neuróticos, en las páginas de *Estudios sobre la histeria*, y terminó con un método para descodificar los sueños, todos los sueños, de gente neurótica y también normal. Desde el principio, Freud consideró la vida psicológica como una unidad y un *continuum*, como el espectro de los colores, con transiciones graduales de lo normal a lo patológico y viceversa. Tres décadas después de haber dicho: «aún me resulta raro que mis historiales clínicos parezcan cuentos cortos... y que, por así decir, carecen del severo sello científico» (60), Freud reafirmaría este *continuum* como sigue: «En respuesta a la pregunta de cuándo un proceso mental se convierte en patológico —esto es, de cuándo queda excluido de un desenlace normal— [...] me inclinaba a sospechar la existencia de un juego de fuerzas y del efecto de intenciones y tendencias tal como se observan en la vida normal» (69). Ocurrió así que Freud comenzó como médico con la enfermedad y se encontró con las leyes dinámicas de la mente; si hubiera empezado como poeta-filósofo, a la manera de un Borne, un Goethe o un Schiller, podría haber llegado a las mismas conclusiones. En fin, de todas formas, en el pasaje antes citado de los *Estudios sobre la histeria* justificó el que sus historias de casos pareciesen cuentos cortos, y en *La interpreta-*

*ción de los sueños* citó a los mencionados poetas para apoyar la dinámica inconsciente y el método de la interpretación de los sueños basado en la técnica de la libre asociación. Este concepto más amplio del inconsciente necesitaba ser reconocido en toda su extensión, lo que fue llevado a cabo por Henri F. Ellenberger en su monumental volumen de novecientas cincuenta páginas *El descubrimiento del inconsciente*, para mostrar el vasto campo de la dinámica inconsciente en la salud y en la enfermedad, reflejando esa misma intención de Breuer y Freud, y señalando otros exponentes del fenómeno inconsciente en la literatura, la filosofía, la psiquiatría, el psicoanálisis y en la vida en general. Así, en contra del punto de vista estrecho y polémico de Grünbaum, hay más cosas inconscientes entre el cielo y la tierra de las que le permite soñar su filosofía ligada a la farmacología y al positivismo reduccionista.

Consideraciones parecidas se pueden aplicar al rechazo de Grünbaum de la represión, la única contribución importante a la Psicología desde tiempos de Aristóteles. Grünbaum se equivoca de nuevo al afirmar que la «prueba» (una doble burla, expresada por las comillas y por el hecho de que la palabra «prueba» no se encuentra en la página 6 sino que la insinúa Grünbaum, como hizo con «placebo» anteriormente) de que existe la represión ha sido proporcionada desinhibiendo las represiones de los adultos. Es completamente al revés, tiene una lógica diferente: ya que la represión es ubicua como fenómeno, es un dinamismo de defensa que se encuentra en un *continuum* tanto en la salud como en la enfermedad, y por lo tanto el proceso de desinhibición de la represión es una precondition para destapar el suceso reprimido, la causa precipitante. De ahí

que cualquier método que desinhiba la represión será terapéutico en tanto que haga que lo reprimido se transforme, o sea, que lo inconsciente pase a estar disponible en la conciencia y de esta forma se disuelva el síntoma. De la misma manera, la represión *per se* no constituye la patogenia, lo patogenético es el recuerdo olvidado del hecho traumático, la comprensión de la conexión entre el trauma y su persistencia como recuerdo directo o disfrazado que altera o inhibe el funcionamiento psicológico normal; lo patogenético es un estado mental anterior que es la causa del trastorno actual del estado mental; ése es el *quid* del descubrimiento de Freud: que los síntomas están determinados, y, ya que existe una confluencia de varias presiones causales, sobredeterminados. Es la represión lo que mantiene al recuerdo traumático en el olvido, es decir, reprimido, o la que hace inaccesible a la conciencia la conexión de ese recuerdo con la representación consciente y con la resolución y disolución del síntoma a través de la «expresión verbal».

Si la represión mantiene los actos sintomáticos o neuróticos, entonces la des-represión que resolverá y disolverá los síntomas es la imagen especular invertida del proceso. Esa es la metáfora química contenida en el término «psico-análisis»: una disolución sistemática de un acto complejo en sus componentes, anterior a una nueva síntesis que vaya desde los anteriores e incontables reflejos automáticos, es decir, repeticiones inconscientes e irreflexivas, hasta una nueva conciencia reflexiva de causa y efecto, consciente del significado de las conexiones entre varios elementos. El «método de las asociaciones libres», como le llama Grünbaum, es la técnica que desinhiba la represión y permite la emergencia de lo que estaba reprimido, pensamientos an-

tecedentes, emociones, intenciones, o como se le quiera llamar. La distinción de Freud entre el inconsciente descriptivo y un inconsciente dinámico es crucial: el primero significa que el contenido de nuestra conciencia está limitado en todo momento por la capacidad de que nuestra atención abarque una porción de lo que podríamos pensar, mientras que inconsciente dinámico significa que ningún esfuerzo de la voluntad podrá superar la barrera de la represión a menos que creemos ciertas precondiciones que pongan en marcha los procesos de la des-represión (70).

El adjetivo «libre» en «libre asociación» no es lo mismo que «libre» en «libre albedrío», y esto crea una aparente contradicción; el sinónimo de David Rappaport (71) es mejor: «pensamiento espontáneo fluido», que contrasta con el pensamiento consciente y dirigido a propósito. Y aquí se encuentra la paradoja: ese estado en el que juicio crítico y pensamiento dirigido se suspenden, libera a la mente permitiendo la aparición de constelaciones causalmente-determinadas pero escondidas, olvidadas, o de constelaciones de emociones, fantasías y recuerdos reprimidos, para someterlas a una evaluación posterior a su representación. Los procesos de des-represión y recuperación y ampliación del recuerdo van de la mano.

La estrategia de Grünbaum al declarar que toda libre asociación está contaminada evoca la defensa de los abogados de O. J. Simpson, acusado de un crimen, alegando que la policía y el laboratorio forense cometieron equivocaciones: basura para adentro, basura para afuera. La cuestión es que la libre asociación es indispensable para proporcionar datos válidos acerca del recuerdo, y que cualquier cosa que impugne su validez puede estar influida —y debe-

## COLABORACIONES

ría estar libre de esa influencia— por contaminantes tales como decepciones del yo debidas a la transferencia, el mal uso que los analistas hagan de las interpretaciones, y la posible falibilidad de la memoria. Cuando se aplican esas correcciones, el beneficio heurístico inestimable del «nuevo método» de la asociación libre, comparado con los resultados obtenidos por el método antiguo del «simple interrogatorio», puede ser verdaderamente evaluado. Grünbaum (72) declaró más adelante que «el psicoanálisis NO debería ser una ciencia hermenéutica», y cargó contra el concepto del significado como agente causal y contra la eficacia de la memoria como la portadora de los recuerdos a través del tiempo. El significado, sin embargo, es causal en dos sentidos: *vis a tergo*, como significante que determina el discurso, y *vis a fronte*, como intención de la persona hacia un objetivo futuro. La teleología es un hábito funesto en cosmología, pero es indispensable en la antropología o las ciencias del hombre, y sin ella la ética sería impensable.

Existen otras dos serias objeciones al ataque de Grünbaum contra el método. En primer lugar, la cuestión de si el psicoanálisis es o debería ser una ciencia hermenéutica o una ciencia natural es una pseudo-cuestión propuesta con la ayuda de un *oxímoron*: como en «muerte viviente», en «ciencia hermenéutica» hay una contradicción en el adjetivo si lo que uno entiende por ciencia es el restringido significado de medida y predicción en modelos cerrados de laboratorio. Si por el contrario la ciencia se define más ampliamente como una forma de pensamiento rigurosa dentro de una disciplina definida por la naturaleza de su objeto, entonces el psicoanálisis no es ni una ciencia hermenéutica ni una ciencia natural sino una ciencia histórica —si acep-

tamos otro *oxímoron*— que utiliza la hermenéutica como uno de sus instrumentos.

El objeto de estudio propio del psicoanálisis es la persona, y los métodos de la física sólo se pueden aplicar al estudio del cuerpo abstraído de la persona y reducido a un sistema fisiológico. La persona en su totalidad necesita ser examinada como tal y estudiada con métodos holísticos. Ahora bien, uno de los factores básicos es el concepto de significado inseparable del concepto de persona, a pesar de los prejuicios y las protestas de Grünbaum contra lo «escurridizo» del concepto de significado. La idea de que los síntomas tienen significado fue defendida por Freud más elocuentemente que por cualquier otro de sus predecesores y de sus contemporáneos. La contribución específica de Freud fue estudiar los síntomas por medio del método psicoanalítico de la libre asociación, que es inseparable de su revolucionario descubrimiento de que el síntoma se construye como un sueño. No que el sueño sea un síntoma de la enfermedad, no, sino que el sueño es el modelo del síntoma, y como en el sueño, el síntoma tiene una estructura de dos niveles, un contenido manifiesto y otro latente (10). Pero el conocimiento más que copernicano de Freud fue que el significado no reside en el sueño sino en el soñador, no en el síntoma sino en el sujeto, esto es, en la persona, que el sueño es una creación histórico-individual de la persona. Este significado individual es un texto vivo y no puede ser aprehendido por medio de una lectura hermenéutica —simbólica— del síntoma aislado: requiere el método de libre asociación. Por desgracia, esta revelación se ha perdido también en la mayoría de los analistas.

En segundo lugar, Grünbaum afirmó falsamente que Freud redujo las causas de los

síntomas al significado, a pesar de que Freud incluía también entre los factores causales la persistencia del trauma o el conflicto en la memoria, como se ve en los síndromes de estrés post-traumático. No cuestionó el hecho de que existiera un vínculo causal entre las experiencias del pasado y del presente, pero sí afirmó que Freud, comparado con Grünbaum mismo, no aportó pruebas causales suficientes, que es como regatear con el precio y no con el principio. Pero bajo la apariencia de afirmar que Freud redujo el papel causal de la memoria a significado, cosa que Freud no hizo, Grünbaum introdujo a hurtadillas el falso argumento de que el significado *per se* no juega un papel causal, que no tiene valor porque es acientífico. Esto no se sostiene. El significado es inherente a los sueños y a los síntomas. Pero negando el significado no hay significado para Grünbaum.

Descubrir la etiología específica de una fobia –sexualidad, agresión o dependencia– no es lo mismo que aplicar el método de la verbalización, la libre asociación, la des-represión y el recuerdo. Estos métodos pueden en un caso dado no funcionar tan bien como la sugestión, o las drogas, o el descondicionamiento. El problema está en confundir la etiología con la metodología. El método es un concepto superior. Al tratar con un paciente deberíamos dejar clara esa diferencia ante nosotros mismos y ante él.

Por ejemplo, los llamados síntomas de la histeria son causados por la dinámica combinada de la memoria y del significado, y pueden ser resueltos y hacerlos desaparecer ligando el significado latente y reprimido con el afecto correspondiente. Este procedimiento funciona bien en los estados agudos reactivos y sintomáticos, pero es sólo parte del trabajo en los trastornos de perso-

nalidad. Basándose en el tratamiento que Breuer siguió con Anna O., Grünbaum ha explotado también la ambigüedad de la palabra cura. En la hidrofobia histérica de Anna O., su capacidad para beber agua volvió después de que fue capaz de verbalizar su desagrado, «con todo tipo de detalles», cuando recordó que «el perrito –¡horrible criatura!– de su institutriz inglesa había bebido de su vaso» (65). Al referirse a este síntoma, Grünbaum afirmó falsamente, a pesar de todo, que el propio Breuer tuvo la sabiduría de no aducir que la represión y la estrangulación afectiva de una aversión traumática había sido el factor patógeno específico de la incapacidad histérica de Anna O. para beber, «[porque] el tratamiento que Breuer aplicó a esta paciente era un desastre terapéutico en vez de una *'talking cure'*» (Grünbaum, *op. cit.*, pág. 16).

Al contrario de la afirmación de Grünbaum, la hidrofobia histérica desapareció por *'talking cure'*, expresión utilizada por la propia Anna O. junto a la de *'chimmney sweeping'*, en una época en la que «cura» no significó sólo un resultado positivo del tratamiento sino el tratamiento o remedio *per se*, como aún se dice en alemán, lo cual Grünbaum parece ignorar: puede ser una de las fuentes de sus argumentos «del placebo» contra Freud. Muy pronto también Freud reconoció las limitaciones del método catártico: «No puede afectar a las causas subyacentes de la histeria: por lo tanto no puede prevenir que síntomas nuevos vengan en sustitución de los que ya habían desaparecido [...] Pero es mi opinión que los obstáculos dependen de las circunstancias personales del paciente y no han sido debidos a una cuestión de teoría. [...] El método catártico no puede ser considerado como algo sin valor porque sea sintomático y no causal» (60).

## COLABORACIONES

Que la historia completa de Anna O. resultase ser más complicada que lo dicho por Breuer y después por Freud no es sorprendente. Pero esto no niega que temporalmente Anna, alias de Bertha Pappenheim se recuperara y llegara a ser una gran trabajadora social, y continuó sublimando «la curación por la palabra» a través de narraciones, publicando muchos cuentos cortos encantadores (73, 74).

Diez años después de los *Fundamentos*, Grünbaum centró sus ataques contra la teoría psicoanalítica y la terapia, perdiendo legitimidad en su crítica al psicoanálisis por su error de no mantener claramente la distinción entre método y teoría (43). Se puede decir lo mismo de lo que siguió en 1993 (34) a sus mencionados *Fundamentos*.

El punto central del método fue reafirmado por Theodor Reik (75), entre otros que conocieron bien a Freud: «Insistió en que el psicoanálisis, como ciencia, debería atenerse a sus propios métodos, y trató de mantenerlo libre de los métodos de otras ciencias [pág. 13]. Sabía que la ciencia que había creado no desaparecería. También sabía que esa ciencia sufriría modificaciones y correcciones, sería complementada y considerada desde nuevos ángulos. Pero lo que Freud extrajo de las más hondas profundidades y abismos de la psique permanecerá, y su obra continuará ejerciendo una influencia aún más fructífera en la vida de los individuos y de las naciones. Por encima de todo, perdurará su método de investigación, el método que otorga tamaña atención crítica a trivialidades aparentes, el método cuyo objeto es lo poco llamativo, lo oculto y lo velado» [p. 14].

El método psicoanalítico no tiene por qué limitarse a «la ciencia de los vestigios». También tiene que ver con temas

más amplios, como el amor. Varias veces he afirmado (52, 76, 77, 78, 79) que los síntomas no están sólo causados por el recuerdo y el significado sino que también son el lenguaje del amor entre personas enamoradas, o, parafraseando a Lacan, son el discurso del sueño y del amor del otro. El desafío del amor al psicoanálisis todavía no ha sido del todo afrontado.

### Conclusión

Todo lo anterior es sólo una refutación parcial de las tesis de Grünbaum. Atacar destructivamente a Freud es muy distinto de emplear el sentido crítico, que es constructivo. Que se sigan produciendo críticas a Freud es buena señal: es una prueba de la relevancia y perennidad de Freud. Las acusaciones de Grünbaum contra Freud han sido desmentidas: no ha aportado ninguna prueba. Freud pasa por ciclos de represión y redescubrimiento de generación en generación. Hay un Freud imperecedero: pero todos, cada cual en su propia odisea, necesitamos descubrir nuestro propio Freud personal.

(Traducción de Pilar Garcés García  
y Ramón Esteban Arnáiz)

### BIBLIOGRAFÍA

- (1) CASSIRER, E., *An Essay on Man*, Nueva York, Doubleday, 1944. [*Antropología filosófica*, Madrid, FCE, 1983].
- (2) LOTHANE, Z., «Horsesense and nonsense: psychoanalysis as a science of renaming», leído en *Nonsense Conference*, Nueva York, New York University, noviembre, 1989.
- (3) LOTHANE, Z., «Listening with the third

ear as an instrument in psychoanalysis», *Psychoanalytic Review*, 1981, 68, pp. 487-503.

(4) DALBIEZ, R., *La Méthode Psychanalytique et la Doctrine Freudienne*, París, Desclée de Brouwer, 1936. [El autor cita por la versión en inglés: *Psychoanalytic Method and the Doctrine of Freud*, Londres, Longman, Green, 1941].

(5) RICOEUR, P., *The Conflict of Interpretations. Essays in Hermeneutics*, Evanston, Northwestern U., 1974; p. 104.

(6) HORNEY, K., *New Ways in Psychoanalysis*, Nueva York, W.W. Norton, 1939.

(7) GOLEMAN, D., *Emotional Intelligence*, Nueva York, Bantam, 1995.

(8) LOTHANE, Z., en prensa. «Review of Farrel, J., *Freud's Paranoid Quest/Psychoanalysis and Modern Suspicion*», Nueva York, New York University, Journal of the American Psychoanalytic Association.

(9) FREUD, S., «On narcissism: an introduction» (1914), *S.E.*, 14.

(10) LOTHANE, Z., «Reality, dream and trauma», *Contemporary Psychoanalysis*, 1983, 19, pp. 423-443.

(11) LOTHANE, Z., «Cultist phenomena in psychoanalysis», en HALPERIN, D. A., *Psychodynamic Perspectives on Religion Sect and Cult.*, Boston, John Wright-PSG, 1983.

(12) LOTHANE, Z., «The myth of narcissism», *Journal of European Psychoanalysis*, 1994, 1, pp. 31-46.

(13) FREUD, S., «Why war? (Einstein & Freud)» (1932), *S.E.*, 22.

(14) EINSETEIN, A., *Mein Weltbild* [1934], Berlín, Ullstein, 1960.

(15) GREGORY, B., *Inventing Reality: Physics and Language*, Nueva York, John Wiley, 1988.

(16) FREUD, S., «Sketches for the 'Preliminary Communication' of 1893» (1888-1892), *S.E.*, 1; p. 51.

(17) FREUD, S., «Three Essays on the Theory of Sexuality» (1905), *S.E.*, 7.

(18) LOTHANE, Z., «The human dilemma: heterosexual, homosexual, bisexual, 'holosexual'», *Issues in Ego Psychology*, 1992, 15, pp. 18-32.

(19) LOTHANE, Z., *In Defense of Schreber:*

*Soul Murder and Psychiatry*, Hillsdale, NJ, The Analytic Press, 1992.

(20) LOTHANE, Z., «Review of M. Macmillan's *Freud Evaluated. The Complete Arc*», *Journal of the American Academy of Psychoanalysis*, 1994, 22, pp. 560-562.

(21) LOTHANE, Z., «Schreber's feminine identification: paranoid illness or profound insight?», *International Forum of Psychoanalysis*, 1993, 2, pp. 131-138.

(22) LOTHANE, Z., «Schreber's soul murder: a case of psychiatric persecution», en DE GOEI, L.; VIJSELAAR, J. (ed.): *Proceedings 1st European Congress on the History of Psychiatry and Mental Health Care*, Rotterdam, Erasmus, 1993, pp. 96-103.

(23) LOTHANE, Z., «Review of Sander Gilman, *Hysteria Beyond Freud, The Case of Sigmund Freud, Freud, Race, and Gender*», *Psychoanalytic Books*, 1995, 6, pp. 74-87.

(24) LOTHANE, Z., «Review of L. Sass, *Paradoxes of Delusion*», *Psychoanalytic Books*, 1995, 6, pp. 251-257.

(25) LOTHANE, Z., «El caso Schreber: una revisión», *Revista de la A.E.N.*, 1995, 15, pp. 255-273.

(26) LOTHANE, Z., «Der Mann Schreber: Ein Leben Neue Sicht und Einsicht», *Psychoanalyse im Widerspruch*, 1995, 14, pp. 5-15.

(27) LOTHANE, Z., «Die Wahrheit über Schreber: ein Leben. Neue Sicht und Einsicht», *Deutsche psychoanalytische Vereinigung, Wiesbaden, Herbsttagung*, 1995, pp. 95-101.

(28) LOTHANE, Z., «Freudsche Fehlleistung», *Die Zeit*, 1995, n.º 18, 28 de abril, p. 44.

(29) LOTHANE, Z., «Die Verknüpfung von Sohn und Vater Schreber mit Hitler: ein Fall von historischem Rufmord», *Werblatt* (Salzburgo), 1996, 36, pp. 108-127.

(30) LOTHANE, Z., «Le meurtre d'âme de Schreber: un cas de persécution psychiatrique», en PRADO DE OLIVEIRA, L. E., (ed.), *Schreber et la Paranoïa*, París, L'Harmattan, 1996, pp. 221-235; 317-319.

(31) LOTHANE, Z., «An exchange on Daniel Paul Schreber», *The Psychohistory Review*, 1997, 25, 2, pp. 111-117.

(32) LOTHANE, Z., «Schreber ermeneutica e

## COLABORACIONES

storia. Una risposta a Sergio Benvenuto», *Giornale Storico di Psicologia Dinamica*, 1997, 21, pp. 97-98.

(33) FREUD, S., «A case of paranoia running counter to the psychoanalytic theory of the disease» (1915), *S.E.*, 14.

(34) GRÜNBAUM, A., *Validation in the Clinical Theory of Psychoanalysis*, Madison, CT International Universities Pres, 1993.

(35) LOTHANE, Z., «The schism between Freud and Jung over Schreber: its implications for method and doctrine», *International Forum of Psychoanalysis*, 1997, 6, 2, pp. 103-115.

(36) SPECTER, M., «Sigmund Freud and a family torn asunder», *Washington Post*, 11/8/87.

(37) EDMUNDS, L., «His master's choice», *Johns Hopkins Magazine*, 1988, Abril, pp. 40-49.

(38) GOLEMAN, D., «As a therapist, Freud fell short, scholars find», *New York Times*, 3/6/1990.

(39) BLEULER, E., «Kritik der Freudschen Theorien», *Allgemeine Zeitschrift für Psychiatrie*, 1913, 70, pp. 665-718.

(40) LOTHANE, Z., «Open Letter to Professor Crews», *Bull. Amer. Soc. Psychoanal. Physicians*, 1996, LXXXIV, 2, pp. 69-71.

(41) SPENCE, D.P., *Narrative Truth and Historical Truth*, Nueva York, W.W. Norton, 1982.

(42) MACMILLAN, M., *Freud Evaluated The Completed Arc*, Amsterdam, North Holland, 1991. [Ver también LOTHANE, Z., «Review of M. Macmillan's Freud Evaluated The Completed Arc.», *Journal of the American Academy of Psychoanalysis*, 1994, 22, pp. 560-562].

(43) GRÜNBAUM, A., *Psychoanalytic theory and therapy after 100 years, and its future*. Alocución en el Premio Latsis Universitaires, Ginebra, Fondation Latsis Internationale, 1994.

(44) LOTHANE, Z., «Review of D. P. Schreber, *Memoirs of my Mental Illness and of Allison*, PRADO DE OLIVEIRA, ROBERTS AND WEISS (eds.), *Psychosis and Sexual Identity: Toward a Post-Analytic View of the Schreber Case*», *Psychoanalytic Books*, 1991, 2, pp. 52-58.

(45) LOTHANE, Z., «Review of Han Israëls's *Schreber father and son*», *Psychoanalytic Books*, 1991, 2, pp. 466-481.

(46) STINGELIN, M., «Riss in der Weltord-

nung/Seelenmord: Daniel Paul Schrebes Imitatio Christi», *Freakfurter Allgemeine Zeitung*, 174/S.N 5, 30/7/1997.

(47) ISRAELS, H., «Freuds Phantasien über Leonardo da Vinci», *Luzifer-Amor*, 1992, 10, pp. 8-41; p. 31; p. 14.

(48) ISRAELS, H., «Sigmund Freud –ein pathologischer Lüner?», *Psychologie Heute*, Septiembre, 1997, pp. 46-49.

(49) BOXER, S., «Flogging Freud», *The New York Times Book Review*, 10/8/1997.

(50) STRACHEY, J., «Editor's note to Freud's Leonardo», *Standard Edition*, 1957, 12, pp. 59-62.

(51) LOTHANE, Z., «Schreber, Freud, Fleischig and Weber revisited: an inquiry into methods of interpretation», *Psychoanalytic Review*, 1989, 76, pp. 203-262; p. 205.

(52) LOTHANE, Z., «Love, seduction, and trauma», *Psychoanalytic Review*, 1987, 74, pp. 83-105.

(53) MASSON, J. M., *The Assault on Truth: Freud's Suppression of the Seduction Theory*, Nueva York, Farrar, Straus and Giroux, 1984.

(54) MASSON, J. M., *Against Therapy: Emotional Tyranny and the Myth of Psychological Healing*, Nueva York, Atheneum, 1988.

(55) MASSON, J. M., *Meet the author panel: presenter J. M. Masson, Against Therapy, moderator Zvi Lothane*, San Francisco, encuentro de primavera de la American Academy of Psychoanalysis, 1989.

(56) MASSON, J. M., *Final Analysis. The Making and Unmaking of a Psychoanalyst*, Nueva York, Addison-Wesley, 1990.

(57) LOTHANE, Z., «Teaching the psychoanalytic method: procedure and process», en CALIGOR, BROMBERG, MELTZER (eds.), *Clinical Perspectives on the Supervision of Psychoanalysis and Psychotherapy*, Nueva York, Plenum, pp. 169-192, 1984.

(58) GRÜNBAUM, A., *The Foundations of Psychoanalysis a Philosophical Critique*, Berkeley, University of California Press, 1995; primera publicación en rústica, 1984.

(59) SPENCE, D. P., «Theories of the mind: science or literature», leído en el 32.º Encuentro

de Invierno de la Academia Americana de Psicoanálisis, Nueva York, 1989.

(60) FREUD, S.; BREUER, J., «Studies on Hysteria» (1895), *S.E.*, 2.

(61) WIMSAT, W. K.; BROOKS, C., *Literary Criticism*, Chicago, The University of Chicago, 1957; p. 60.

(62) FREUD, S., «Creative writers and day-dreaming» (1908), *S.E.*, 9.

(63) LOTHANE, Z., «Psychoanalytic method and the mischief of Freud bashers», *Psychiatric Times*, v. XIII 1996, 12, pp. 49-50.

(64) LOTHANE, Z., en prensa, «Freud and the interpersonal», *International Forum of Psychoanalysis*.

(65) BREUER, J.; FREUD, S., «On the psychical mechanism of hysterical phenomena: preliminary communication» (1893), *S.E.*, 2, pp. 3-17; p. 16.

(66) LOTHANE, Z., en prensa, «Transference: the sacred cow of psychoanalysis», *Psychoanalytic Review*.

(67) DORLAND'S, *Illustrated Medical Dictionary*, Filadelfia, W.W. Saunders, 28.<sup>a</sup> ed., 1994.

(68) LOTHANE, Z., «The Analyzing Instrument and Reciprocal Free Association», *Journal of Clinical Psychoanalysis*, 1994, 3, pp. 61-82.

(69) FREUD, S., «An Autobiographical Study» (1925), *S.E.*, 20; p. 23.

(70) BALTER, L.; LOTHANE, Z.; SPENCER, J. H., «On the analyzing instrument», *Psychoanalytic Quarterly*, 1980, 49, pp. 474-504.

(71) RADAPORT, D., *Organization and Pathology of Thought*, Nueva York, Columbia University Press, 1951.

(72) GRÜNBAUM, A., «Meaning connections & causal connections in the theory of transference: why psychoanalysis should NOT be a hermeneutic science». Ponencia leída en el 32.º Encuentro Invernal de la Academia Americana de Psicoanálisis, 1989.

(73) HIRSCHMÜLLER, A., *The Life and Work of Josef Breuer. Physiology and Psychoanalysis*, Nueva York, New York University, 1989.

(74) GUTTMAN, M. J., «Anna O. as a feminist writer», en: *Crosscurrents: Culture and Psychoanalysis*, Nueva York, Bruner & Mazel, 1990.

(75) REIK, T., *The Search Within. The Inner Experiences of a Psychoanalyst* [1969], Nueva York, Jason Aronson, 1974.

(76) LOTHANE, Z., «Dialogues are for dyads», *Issues in Ego Psychology*, 1982, 5, pp. 19-24.

(77) LOTHANE, Z., «Love ethics versus hermeneutics», *Academy Forum*, invierno 1987.

(78) LOTHANE, Z., «Love and destructiveness», *Academy Forum*, 1987, 31, 4, pp. 8-9.

(79) LOTHANE, Z., «The nature of love», *Academy Forum*, primavera 1989; trabajo leído en el 33.º Encuentro de la Academia Americana de Psicoanálisis, 1989.

\* Henry Zvi Lothane, psiquiatra, psicoanalista.

*Correspondencia:* Henry Zvi Lothane, 1435 Lexington Avenue, Nueva York 10128.

\*\* Fecha de recepción: 20-IX-1997.